

# *Rescoldo de unos celos: el recuerdo de Cintia en el libro cuarto de Propertio*

Pedro Luis CANO ALONSO

## RESUMEN

En el libro cuarto de las elegías de Propertio, su amor -o el de su personaje- por Cintia parece haber remitido. Pero, incluso en este libro, Propertio no dejó de transmitir mensajes de celos. Los celos que sintió han quedado más allá de lo que él mismo pretendiera.

## SUMMARY

In the Book Fourth of Propertius Elegies, his love -or his character's love- for Cynthia seems to have slackened.

But, even in this Book, he didn't stop sending jealousy messages. The jealousy he felt remained beyond what he claimed.

En los *Carmina* de Propertio, la *fides* toma una importancia capital para las relaciones de pareja. Es algo bien conocido. Boucher destaca este hecho en su obra, constata el uso en cada libro y propone una comparación de semejanza entre Propertio y Ovidio frente a Tibulo que sólo la menciona 3 veces<sup>1</sup>. A *concordance to the elegies of Propertius*<sup>2</sup> de Brigitte Schmeisser facilita el examen de frecuencias y la observación de *fides* - con ojos de lector curioso- no deja de ser interesante. Para Boucher, *fides* no es sólo la fidelidad amorosa, la constancia en el amor, sino el "*valeur moral qui est au centre de la vie intellectuelle et moral de ce poete*"<sup>3</sup>.

Desde luego, por la frecuencia de aparición -32 veces<sup>4</sup> en nominativo, acusativo y ablativo-, no cabe duda de que es un tema principal en el conjunto de la

---

<sup>1</sup> Boucher, *Etudes sur Propertius*, París, 1980. Pág. 85 y ss.

<sup>2</sup> Hildesheim, 1972.

<sup>3</sup> Boucher, *ibid.* pág. 88.

<sup>4</sup> Por seguir a Barber, Luck y Enk. Según la edición de Hamslik en Teubner, serían 33, incluyendo 1.1.16, donde aquellos registran *preces*. Cf. Schmeisser, *fides* y el prefacio.

obra; aunque, de ellas, se usa 22 veces<sup>5</sup> en los tres primeros libros y diez veces en el libro cuarto y algo quiere decir eso. 22 (o 23) veces en tres libros daría un promedio superior a siete por libro y, frente a diez en el cuarto, la comparación puede producir un efecto engañoso - una *fides* de valor constante más mencionada que en el resto de la obra y, por ende, una sobrevaloración moral del compromiso de Propercio con su libro cuarto-, si no se diferencian con atención los usos de sentido amoroso y los de sentido, digamos, social. Domenico Fasciano le atribuye a Catulo la estabilización del término en sentido amoroso: "*Le passage systématique de 'fides' au domaine de relations amoureuses est une innovation de Catulle qui transpose l'idée du pact unissant deux citoyens dans le rapport entre amants, où l'élément juridique de 'fides' cède son importance au profit du valeur moral de la notion*"<sup>6</sup>.

Pero, el caso es que -así nos parece- Propercio diferencia muy bien los dos usos, con la particularidad, que no escapa al lector, de que su *fides* amoraria emana un grado de compromiso, que el poeta sueña próximo a lo matrimonial. Dice Fasciano: "*Home instable, il exprime une conception de la 'fides' qui oscille entre celle de Catulle et celle de Tibulle. Placé comme la première hors de toute possibilité de protéger son amour sous la garantie de la loi, il croit les amants liés par un contrat non écrit, mais il souhaiterait les pactes passés devant les autres. Dans l'amour libre, Propertius recherche, comme Catulle, la sécurité du couple idéal par une 'fides' qui lie un seul homme et une seule femme pour toujours*"<sup>7</sup>.

Pero no es exactamente la *fides* properciana lo que quisiéramos glosar, sino el esfuerzo por desviar su atención de ella, que Propercio demuestra en el libro cuarto, por omisión, mediante la focalización del término en aspectos no eróticos y la banalización de sus propias decepciones en los escasos usos amorarios del término en este libro. Veamos.

De las veintidós (ó 23) veces que *fides* es usada en los tres primeros libros, 16 (ó 17) veces significa la fidelidad entre amantes (alrededor del 75%; 72,72%, si son 16 las veces a contabilizar), mientras que de las diez que se usa en el libro cuarto, sólo 3 (30%) lo son en ese mismo sentido. La proporción es casi simétrica. A más dedicación a su amante, mayor preocupación por la fidelidad amorosa, a menos preocupación por los amores mayor decantación del sentido de la *fides* hacia "prueba" o "credibilidad".

Dicho de otra forma, Propercio ha perdido su interés por la fidelidad entre los amantes en su libro cuarto y sólo la inclusión de este libro en la valoración general del concepto *fides* en Propercio daría como resultado ese amplio sentido de la *fides* a que aludíamos al principio. En realidad parece que Propercio cambia de idea al pasar al libro cuarto. Cambia convencido o derrotado, pero cambia y así lo deja escrito. Da la sensación de que ha perdido su *fides* más que

<sup>5</sup> ó 23 si se acepta el texto de Hamslik.

<sup>6</sup> D. Fasciano, «La notion de fides dans les élégiaques latins». RCCM A 24 1, 2, 3 (Gennaio-diciembre, 1982) 15.

<sup>7</sup> *Ibíd.* pág. 22.

verla en un concepto más amplio, ético. Más aún, el uso de *fides* con valor social o jurídico, podría marcar la ausencia de amor en el libro. Y, por ende, la ausencia pretendida de celos, la objetividad, el equilibrio.

Cabe observar que, de las seis veces usadas en los tres primeros libros con sentido no erótico, en una la *fides* es el prestigio de Mecenas (3.9.34); otra es la fiabilidad de los propios temores del poeta (3.13.61); dos la fidelidad que su siervo le debe (3.6.6 y 20); otra la arrogancia de la navegación y los navegantes (3.7.36); otra, por fin, marco o distinción (3.23.4). Diríamos que son tópicos convencionales. Al lector, además, no se le puede escapar que estos seis usos de *fides* en sentido no amatorio, se hallan todos en el libro tercero, el de la decepción progresiva. Con valor amatorio aparece cinco veces.

Por lo contrario los dieciséis (ó 17) usos amatorios del total de los tres primeros libros corresponden a situaciones nucleares en los poemas. Son temas principales. Dieciséis mensajes de formulación de principios. La mayor parte, tópicos conscientes, citas. La mención resultaría farragosa, una auténtica lista de proverbios: "*Tantum in amore fides et benefacta ualent*" (1.1.16); "*non ulla meo clamat in ore fides?*" (1.18.18); "*ambos una fides auferet una dies*" (2.20.18); "*ultima talis erit quae mea prima fides*" (2.20.34); "*multum in amore fides, multum constantia prodest*" (2.26b.27), etc. A título de curiosidad -tal vez de confirmación- la forma *fidus/fida* se usa cinco veces en los tres primeros libros (2.26b.30; 3.12.6; 3.13.24; 3.20.9 y 10), con valor igualmente amatorio y paraproverbial, contra dos en el cuarto, una ambigua (4.3.46) y otra con sentido de "desprevenido" (4.4.8.).

Pero en el cuarto libro Propertio ha perdido -y valga la parodia- su *fides*. Ya no la predica. Usa el concepto rutinariamente con cierta pedantería épica, y más veces en comparación: siete veces en un libro, once poemas, frente a seis veces en tres libros, con setenta y nueve poemas en total y todas ellas -decíamos- en el tercero. Es coherente con el hecho de no estar escribiendo poemas amorosos en rigor. Y en los usos eróticos duda, reniega o añora. Ya no son declaraciones de principios. Sin embargo están más próximos que nunca al valor jurídico, de relación matrimonial, que siempre quiso obtener de Cintia. Vamos a echar una ojeada.

En el primer uso amatorio de *fides* en el cuarto libro, una esposa duda de la fidelidad del guerrero que la abandona:

*haecne marita fides...?* (4.3.11)

En la segunda, se pone en boca de alcahueta un -supuesto- consejo de infidelidad:

*Sperne fidem.* (4.5.27)

Sólo la tercera vez, la última que aparece en cualquier sentido, la última vez que sale de los labios de Propertio, éste la pone en la boca de su amante muerta como juramento póstumo de la fidelidad paramarital que le guardó en vida:

*iuro...me seruasse fidem* (4.7.52 ss.)

Propertio, que había convertido la *fides* en su tema principal durante tres libros, cuida -se guarda- en el cuarto de no usarla más que para formular sus dudas, para reiterar sus reproches, o para renovar en su corazón la esperanza de que Cintia le fuera fiel. Desesperado, la había maldecido duramente, en el libro tercero, al llegar al límite de su orgullo, cuando ya no pudo soportar las habladurías:

*Risus eram positus inter conuiuia mensis,  
et de me poterat quilibet esse loquax.  
quinque tibi potui seruire fideliter annos  
ungue meam morso saepe quaerere fidem.* (3.25.1-4)

"En los celos hay más amor propio que amor"<sup>8</sup> y el amor propio herido llevó al poeta a sufrir una manía persecutoria, de la cual, naturalmente, su amiga era la culpable. En su dureza, no había dudado en tratarla con el mismo tono que su tal vez no muy estimado Horacio dedica a Lyce. Horacio dijo:

*...rugae  
turpant et capitis niues.*<sup>9</sup>

Pues Propertio le desea a Cintia -en el mencionado 3.25- nada menos que la evidencia de los años disimulados -v. 11-, las arrugas -vv. 12, 14-, la soledad y el olvido injurioso de los pretendientes -v. 15-; la decadencia, en resumen:

*euentum formae disce timere tuae!* (3.25.18)

Ya en el poema anterior (3.24), le había negado cuantos atributos bellos le adjudicara en sus poemas, como reacción definitiva al fracaso de aquella *fides* que no llegó a imponerle. Propertio se debió creer liberado así, tras dar rienda suelta a esa impotencia que asoma en cada uno de los *Pereat!* que jalonan sus tres libros de amor.<sup>10</sup>

Se confía luego a su nueva función de poeta sereno, al libro de su supuesto equilibrio. Tal vez Propertio había dejado de amar a Cintia, pero los celos no siempre mueren con el amor. Ciertamente es que haber dejado de amar a Cintia hubiera sido, en sí mismo, un grave fracaso para un poeta que no ve límites al amor verdadero (2.15.29-30). Amar debería haber sido una locura incontrolable que se somete a la más pura esclavitud. Si realmente dejó de amar antes de empezar el libro cuarto, por su simple madurar, al encontrar su camino en la estabilidad social, habrá que pensar con Allen que la sinceridad en el amor pudo ser para los elegíacos una simple cuestión de estilo que exigía la identificación de poeta y amante<sup>11</sup>. Pero, conscientemente o no, volverá a sus obsesiones no pocas veces, ya en el libro cuarto.

<sup>8</sup> La Rochefoucault, *Max.* 324.

<sup>9</sup> HOR. *Carm.* 4.13.

<sup>10</sup> P. L. Cano, «*A pereat!*» en *Faentina* en c.p.

<sup>11</sup> Cf. A. Allen, «Sincerity and the Roman Elegists». *CPh.* 45.3. (1950) 145-160.

Nuestro nuevo hombre aborda su nuevo primer poema y decide a medio camino, por fin, incluir unos datos "biográficos" (vv. 4.1. 121-150). Divaga sobre su origen umbro (vv. 121-126); se describe como un huérfano obligado a madurar antes de tiempo, cuya suficientemente sólida hacienda se perdió por razones políticas (vv. 127-130). Se siente poeta desde la adolescencia (vv. 131-134), y hasta sugiere que su apoliticismo tiene una base de reacción frente al poder establecido que le arrebató sus bienes. Mas, he aquí que sólo tarda veinte versos en aludir a que su brillantez poética estará condicionada por los caprichos de una sola mujer cuyo poder le someterá ciego y mudo (vv. 141-149). Ella no le permitirá ni el llanto (v. 144); aunque eso sí, le engañará constantemente (vv. 145 y 146). En veintiséis versos para glosar crípticamente su vida (vv. 121-146), seis de ellos describen el sometimiento de su obra a una mujer. Claro está que es una forma de decir que antes cultivaba otro género, pero lo hace en un tono cuya ambigüedad no desvela si él ha renunciado al amor -es decir, si sigue una línea de poesía oficial porque su orgullo apasionado no puede soportar ya la presión de su amante-; o ha sido derrotado -es su amante quien le deja- y el dolor lo cicatrizará el tiempo, como saben bien -mal que les pese- una buena parte de los poetas y todos los amadores en prosa. Por otra parte, los *mores* cada vez más relajados convertían en noticia banal los devaneos<sup>12</sup>.

En cualquier caso, al publicar el libro IV, Propertio no está -valga comparar los celos a una enfermedad- curado, porque sólo la reprimida presión visceral de los celos le puede obligar aún a escribir:

*nec mille excubiae nec te signata iuuabunt  
limina: persuasae fallere rima sat est.* (145-6)

No debe ser una casualidad textual que, dicho esto, acabe el poema de una forma tan pedante como oscura y algo precipitada:

*Nunc tua uel mediis puppis luctetur in undis  
uel licet armatis in hostis eas,  
uel tremefacta cauo tellus diducat hiatum:  
octipedis Cancri terga sinistra time!* (147-150)

Tal vez quiso decir que las tormentas, los combates, los terremotos -todo lo que le había atemorizado en sus primeros libros-, son menos temibles que la ansiedad de sentirse engañado, si volvía atrás. O, incluso, que no estaba seguro de si ese amor que le volvía la espalda, se le acercaba en vez de alejarse<sup>13</sup>.

El poema 3, que sigue el modelo de cartas de heroínas a sus esposos, como su amigo Ovidio hace en las *Heroidas* cae, apenas iniciado el relato, en el tema

<sup>12</sup> P. Veyne, *L'élégie érotique romaine*. París, 1983. 43 y ss.

<sup>13</sup> Un juego de palabras o doble sentido, habitual en Propertio, no tiene porqué contradecirse con la interpretación astrológica de Rothstein o la amenaza de la avaricia de Cintia en Butler, que abonan A. Tovar y M. T. Belfiori (1963) en la edición *Alma mater*, y yo mismo sigo (1985) en la versión de la colección Erasmio.

de los celos. La esposa, tal vez Elia Gala bajo el seudónimo de *Arethusa*, pasa enseguida a expresar sus celos:

*haecne marita fides et, parce auia noctes,  
cum rudis urgenti bracchia uicta dedi?* (11-12)

Es un tópico. Poco podía presumir una novia romana de virginidad pues, como el valor a los soldados se les suponía y lo contrario hubiera impedido el matrimonio o justificado el repudio: "*Une femme honorable qui a connu l'homme en dehors des justes noces est à jamais incapable de devenir une épouse et d'en assumer les responsabilités*"<sup>14</sup>.

Pero, para Propercio, Cintia fue la primera (1.1.1), puesto que él nunca quiso contar a Licina, la esclava que debió iniciarle (3.15.5 y ss.). Así que se pone a hablar de amor y procede a identificarse con un rol femenino, algo nada habitual en nuestro poeta, y refleja lo que queda de su amor por Cintia: sus celos insatisfechos. Él, que no había llegado en los libros anteriores a los términos tan mediterráneos de "antes muerta que de otro", pone en boca de Arctusa:

*Haec noceant potius, quam dentibus ulla puella  
det mihi plorandas per tua colla notas.* (4.3.25-6)

En 3.8 ("*Dulcis ad hesternas fuerat mihi rixa lucernas...*") ya había formulado su teoría personal del combate amoroso, un paradigma de amor violento y erotismo desgarrado, que comienza en forcejeos y acaba en risas, pero, sobre todo, deja heridas de guerra para presumir: "... *in morso aequales uideant mea uulnera collo...*" (3.8.21). Unas cicatrices que incitan a los celos, unos celos que es bueno provocar, pero consume sufrir.

En el poema 4, Tarpeya se enamora de Tacio al verle (v.19). Lógico. El mismo Propercio había dicho que en amor los ojos mandan (2.3.2 y ss.). Los ojos, en efecto, se apoderan de la presa amada (1.1.1), los ojos son los guías del amor (2.15.12) y de amor deben saciarse (2.15.23). Incluso el saber entra por los ojos (3.21.29-30). Ver a Tacio cerca es lo que Tarpeya desea (v. 34). Amor no obstante la ciega -como a Propercio le pasó- para cualquier otra cosa que admirar el objeto amado. Tarpeya se entrega a Tacio sin condiciones y es traicionada. Tarpeya había protestado a la luna e intentado practicar ritos. No deja de sufrir ese amor en sus carnes y los zarzales ejercen de flagelo (v. 28). Incluso pactos se celebran -o así llega ella a creérselo- pactos de amor, según los cuales será la guía -comes- o, tal vez, la "compañera". No importa, será traicionada: la traición acecha a los amantes. Tarpeya se enamora por la sola visión, prescinde de su propia dignidad por amor, hace por evadirse y es inútil, entrega cuanto tiene y es entregada a la vergüenza. Como Propercio hasta el fin del libro tres.

El poema quinto -seguimos en el libro cuarto- es también una referencia a los celos y la traición. La alcahueta maldecida representa la aliada de las traiciones y no la de los enamorados. Son alcahuetas que separan a unos amantes

<sup>14</sup> P. Grimal, *L'amour à Rome*, París, 1988. 120.

constantes para unir a otros esporádicos. Es esta función de "separadora de amantes" lo que la convierte en objeto de deprecaciones relacionadas con los celos subyacentes en Propercio, por mucho que se sigue un tópico entre los líricos nada amigos al parecer de las alcahuetas, que, siglos después, recibirían al menos la concesión ambigua de la simpatía personal de su propia desfachatez, desde la Trotaconventos a Doña Brígida, pasando por la inmortal Celestina.

Propercio vuelve a dejar que los celos enterrados en el fondo de su hígado afloren de nuevo y le atormenten. Así, tras una confusa referencia, tal vez, a Sí-sifo, paradigma de traiciones, Propercio achaca a la alcahueta los consejos que podrían haber ocasionado actitudes de provocación en Cintia, actitudes inspiradoras a su vez de sublimes arranques de cólera en nuestro autor.

En los versos 21 -de 3.5, decíamos- y siguientes alude a la fragilidad femenina ante los obsequios, una cuestión que ya le había enfadado en varias ocasiones; a la costumbre de vestir en forma provocadora (1.2); a la invención de otros compromisos para mantener la tensión erótica (2.17) o a los períodos de abstinencia forzosa (2.33a), a la avaricia que provoca la traición (3.13/2.16). No contento con su autocomplacencia -siempre entre recuerdos desagradables-, al final de este quinto poema, el mismo se autocita:

*Quid iuuat ornato procedere, uita, capillo  
et tenuis Coa ueste mouere sinus.* (4.5.55-56)  
(también en 1.2.1-2)

Y hace que su personaje parodie precisamente su segundo poema del monobiblos, donde, de una forma tal vez inocente, expone, a modo de declaración de principios, los primeros síntomas de celos a la mediterránea, aquella primera fase en que los celos inconfesos disfrazan de estética moralista una serie de consejos de moderación destinados a que la amante no se exhiba ni destaque para no atraer a la competencia. Asombra incluso que someta a la ambigüedad del rechazo moralista una elegante variable de "*carpe diem*", que él había creado, adelantándose a algunos temas románticos.

*dum uernat sanguis, dum rugis integer annus,  
utere, ne quid cras libet ab ore dies!* (4.5.59-60)

Él, no obstante, lo había predicado con convicción y gracia en unos versos hermosos y maduros en 3.5, donde declara sus principios: amor y no guerra<sup>15</sup>. Cuando el tiempo de amar pase, será el momento de pensar en la sabiduría (23 y ss.) como en el Fausto de Goethe, pues la madurez que falta hace, la pondrá el amor en su pensamiento. Sólo el despecho, los celos aún no superados, podían impelerle a invertir uno de sus pensamientos más hermosos. Propercio acaba el poema con una deprecación:

*sit tumulus lenae curto uetus amphora collo:  
urgeat hunc supra uis, caprifice, tua.* (75-76).

<sup>15</sup> Sullivan, *Propertius*, Londres, 1976. 14 y 38 y ss. Cfr., especialmente pág. 56.

Es una quasi humorística maldición *post mortem*, que parafrasea su propia tendencia -impulso- a la deprecación en los tres primeros libros, cuando sufre un ataque de celos.

Ni siquiera una loanza augustea le impide volver a su obsesión en el sexto poema de este cuarto libro y dice en el verso nueve, tras una introducción ritual:

*He procul, fraudes, alio sint aere noxae.* (9)

Es decir, que, cuando resume su trayectoria poética, lo que ha venido ocupándole, para entrar en un poema dedicado a la batalla de Accio, "*fraudes y noxae*" son sus palabras temáticas, lo que queda en su recuerdo, lo que no puede olvidar.

El poema 7 es un hermoso poema surrealista, donde pretende hacer las paces con el recuerdo de su amada. Ella se le aparece y le reprocha el olvido a que ha sido sometida. No parece que la descripción de los tres primeros libros produzca una mujer en la línea de esta sombra, tierna pero irreal, y aspirante a convertirse en el recuerdo de la esposa a que Propercio aspiró. No es vano comparar la ternura del fantasma de Cintia con el de Cornelia en el poema once, que cierra el libro. No obstante, Propercio pone en boca de Cintia su obsesión por la fidelidad:

*foederis heu tacitū, cuius fallacia uerba  
non audituri disipuere noti.* (21-22)

Y luego le hace dedicar nuevos versos a los celos *post mortem*. Él no se portó bien (vv. 23-34); ella está siendo sustituida (vv. 39-40). Lo más curioso es que acaba en un juramento de fidelidad condicionada a una dura execración:

*iuro...  
.../...  
me seruasse fidem si fallo uipera nostris  
sibilet in tumulis et super ossa cubet.* (53-54)

Se diría que el subconsciente de Propercio está maldiciendo cínicamente hasta el recuerdo de Cintia. Si alguna vez le traicionó, va su maldición de muerte. La más lujuriosamente cruel, gozosamente morbosa, por más que el poema pudiera parecer un ejemplo de "*de mortuis nihil nisi bonum*" y es más que dudoso que lo sea<sup>16</sup>. Concluye con la lógica autorización -autojustificación- que los vivos tienen de no ser fieles. Pero sólo ella fue la primera y será la última:

*nunc te possideant aliae: mox sola tenebo  
mecum eris, et mixtis ossibus ossa teram.* (93-94)

<sup>16</sup> T. Papanghclis, *Propertius, a hellenistic poet on love and death*. C.U.P., 1987. 245 y ss.



Al llegar aquí, Propercio alcanza la cota más alta -en la literatura latina- de aquella *libido moriendi* a que se refiere Séneca<sup>17</sup>.

Como si la sombra de Cintia -sus reflexiones convertidas en sueño fúnebre, hubieran liberado (con su última deprecación), los celos de Propercio, en el poema 8 enfoca la cuestión como tema principal y en clave de comedia, una tierna parodia épica. Ciertamente es que el atrevimiento de tratar en clave de comedia sobre el personaje a que había dedicado una loa fúnebre pudiera atribuirse a un editor<sup>18</sup>. El caso es que en el verso veinte, relajado, revela la verdadera naturaleza de sus celos: el "¿qué dirán?":

*Si sine me, famae non sine labe meae.* (20)

Aunque el buen Propercio decide vengarse en una orgía privada -con dos mozas mejor que una, según la norma ovidiana para el mejor olvidar- sólo él se siente solo y sólo en Cintia piensa:

*Cantabant surdo, nudabantque pectora caeco:  
Lanuvii ad portas, ei mihi, solus eram.* (47-48)

Cintia irrumpe entonces en la fiesta y asume el rol activo en el ataque de celos... gritos...empellones... arañazos... y amor de nuevo.

Fue el mejor y el último de sus recuerdos de enamorado que nos queda.

Propercio nunca dejó de sentir celos y siempre esperó que ella los sintiera. Puede que fuera sólo su personaje y que nada tuviera que ver con la realidad. Puede que reflejara la autenticidad de un amor imposible. Si los celos propercianos fueron un pesar atormentado, o una fascinación onírica, son igualmente reales para el lector de hoy. Nada fuera más ofensivo para nuestro poeta que no conceder fe a sus obsesiones. Los celos que sintió o los que quiso sentir, se quedaron en su obra más allá de lo que él mismo pretendiera. Y, apagados sus poemas, el rescoldo de sus celos brilla aún en la gris penumbra de la mediocridad que buscó en su libro cuarto.

---

<sup>17</sup> SEN. *Ep.* 24. 25.

<sup>18</sup> CF. T. Papanghelis, *op. cit.*, 196.